

Catástrofe militar y perspectivas políticas

León Trotsky

26 de abril, 1, 2, 3 y 4 de septiembre de 1915

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Catastrophe militaire et perspectives politiques”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Primero, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 161-169. Publicado en *Nache Slovo*, los días 26 de abril, 1, 2, 3, y 4 de septiembre de 1915.)

1. Las causas de la crisis

Ahora, mientras que la evacuación de los ejércitos rusos de Galicia, Polonia y la costa báltica está cambiando profundamente el mapa de las operaciones militares, la censura francesa nos da la oportunidad de “mirar” las causas de esta retirada. Cabe señalar que, a pesar de carecer del don de la profecía, habíamos previsto este desastre, mientras que la prensa francesa hablaba de la próxima entrada de los cosacos en Berlín.

Pero nos vimos obligados a guardar silencio: el privilegio de hablar libremente estaba reservado para los que no tenían planes y no entendían nada.

Las derrotas rusas se debieron a la falta de armas y municiones. Pero, ¿de dónde viene esta deficiencia? Se nos dice: Rusia, como los Aliados, no se preparaba para la agresión. Pero, ¿para qué Rusia mantiene un ejército de un millón y medio de hombres? Respuesta: para la defensa. Pero, ¿no podemos prepararnos, como debemos hacerlo, para defendernos? No tenemos ninguna duda, ni por un minuto, de la mala voluntad de Alemania. Pero nos negamos a tomar por buena voluntad la incompetencia militar de los Sujomlínov y consortes... Hervé, que tanto despreciaba la cultura alemana y gritaba: “¡Viva el zar!”, ahora reconoce que el ejército alemán tiene una enorme superioridad “moral y material” sobre las tropas rusas. Es sólo la falta de munición, causada por el descuido del ministro de la guerra.

Los éxitos militares alemanes pueden explicarse en última instancia por el poder de una organización capitalista. La técnica de la guerra es sólo una aplicación de la técnica general en el campo de la destrucción de pueblos. Es cierto que la organización militar es el punto de menor resistencia en el proceso de modernización de los países atrasados: todos los gobiernos, independientemente de las condiciones económicas, se esfuerzan en alcanzar el mismo nivel en términos militares. Pero la dependencia de la tecnología militar del desarrollo tecnológico general sigue siendo decisiva. No basta con tener armas del último modelo: es necesario poder suministrarlas continuamente, aumentar su número y poder alimentar sus cañones con tantos proyectiles como sea posible. La industria alemana, sobre todo en el campo de la industria pesada (un factor decisivo para el militarismo), gracias a su creación relativamente reciente, se racionaliza y se libera de la rutina, siempre y cuando esto pueda tener lugar en el campo de la propiedad capitalista: por lo tanto, se garantiza una alta productividad. Alemania, una poderosa nación *industrializada*, se opone a la Rusia agrícola y a su enorme población. La primera, con su industria *altamente centralizada*, se enfrenta a Francia, que todavía se encuentra en la fase de las *medianas y pequeñas industrias*. Alemania, un país de métodos modernos y racionalizados, está luchando contra Inglaterra, país con técnicas *conservadoras*. Esta es la base de la fuerza militar alemana, con Austria y Turquía a la zaga.

La industria pesada rusa ocupa sin duda un lugar importante en la vida económica de la nación. Pero está limitada por las barreras arancelarias. No duda en privar periódicamente al país de carbón. Su ideal es “la nacionalización del crédito”, acostumbrada a alimentarse sin control de los recursos del estado, está tan invadida por el parasitismo que es inútil esperar resultados repentinos y milagrosos de ella, como se

esperaba de la “movilización de la industria”. No en vano, Guchkov, que sabe muy bien a qué se enfrenta (el sueño del cangrejo de río en invierno), advierte al aparato industrial de la guerra contra un optimismo infundado.

Así como el hombre es la fuerza suprema de la producción, de él dependen los resultados de la guerra. ¿Qué representa el ejército ruso si observamos su contenido humano? Plejánov escribió en su folleto que los ejércitos rusos están compuestos de leones comandados por... no leones. No tenemos la oportunidad de explicar... quién está a cargo, dejando esta tarea a la apreciación del lector. Pero, ¿cómo podemos imaginar este rasgo “leonino” de las masas campesinas que componen el ejército ruso y su gran mayoría? ¿Significa esto que el pueblo ruso es superior a los demás por su fondo *racial*, o que el campesino ruso ha pasado por una escuela histórica de heroísmo? ¿Se refiere Plejánov a la capacidad de morirse de hambre, pudrirse y morir? ¿Qué sentido tiene la primera mitad de la cita? Nosotros respondemos: ninguno. Es una de esas cobardías que inevitablemente alimentan el patriotismo social y más aún el ruso.

La concepción marxista elemental debe llevarnos a concluir que el elemento valioso de un ejército contemporáneo es el proletariado de la industria. Cuanto más importante es la tecnología en la industria militar, más valioso es el trabajador vinculado a esta tecnología. Pero a pesar de su importancia social y política, el proletariado en Rusia representa sólo una pequeña parte de la población. Sigue siendo profundamente hostil a los objetivos para los que ha sido movilizado por el zarismo. El servicio militar y el derecho al voto separan automáticamente las correlaciones numéricas de los grupos sociales de la nación. En el ejército ruso, el campesinado aplasta a los trabajadores urbanos con números, especialmente porque muchos de ellos, altamente cualificados, han permanecido en fábricas de guerra. La enorme superioridad numérica de los campesinos sólo puede reducir el nivel militar del ejército.

Esta situación se debe al carácter históricamente fuerte del campesino ruso. El pequeño terrateniente francés, que emergió de la Revolución [Francesa] y se apoderó de las tierras de la monarquía y la nobleza, pasando por la escuela del parlamentarismo, se está acercando al tipo cultural de las ciudades. El campesino ruso, en cambio, está lejos de eso: enredado en una red de desigualdades, no es ni dueño de la tierra ni del poder. La Revolución de 1905 intentó concienciarlo y despertarle el deseo de participar en una vida histórica. El intento dejó su marca. Por su parte, y no sin éxito, la contrarrevolución trató de minimizar la educación revolucionaria en el campo. Las generaciones que forman las filas del ejército no han conocido las nuevas escuelas, sino las expediciones de represión. Tras ellos, contamos millones de alogénicos. No tenemos ninguna duda de que los parlamentarios burgueses en su entusiasmo patriótico dependían de ellos, ¡pero el despreciable sistema de leyes de emergencia, complementado por pogromos, no es muy capaz de conferir cualidades de “león” a esta masa de no nativos que no tienen derecho a ser representados en un país que están llamados a defender!

¿Qué pasa con esos “no leones” que mandan en el ejército? Sólo diremos, y eso será suficiente, que el cuerpo de oficiales, especialmente en las esferas superiores, es un reflejo de los círculos de hombres del 3 de junio. Reclutando a partir de los mismos antecedentes, el mando superior y la alta burocracia son culturalmente y moralmente similares. Esto no requiere mayor explicación. Las razones de las derrotas rusas tienen raíces mucho más profundas que la falta de proyectiles. En 1890, Engels escribió sobre el zar: “El zarismo hizo la guerra con sus propios medios sólo contra las naciones decididamente más débiles.” Desde la publicación de estas líneas, la vida económica y social de Rusia ha experimentado grandes cambios. Esos cambios encontraron su expresión en la Revolución de 1905. Pero la burguesía francesa ayudó a Rusia a competir con la revolución. Rusia estaba formada por una camarilla de burócratas. Sobre esta base

se fortaleció el imperialismo ruso y se desarrolló el militarismo. Esta última es juzgada definitivamente por las actuales operaciones militares. Si bien esto puede conducir a cambios en Rusia como en otros frentes, el papel de Rusia ya está definido. La revolución aplastada se vengó. La historia ha trazado una línea sobre este imperialismo agresivo que ha reunido bajo su bandera a los partidos de las clases poseedoras, y que se ha ganado la “conciencia” de la *intelligentsia*. Esta característica debe engendrar un desarrollo político en el seno del país.

2. Derrotas y Revolución

La guerra conduce a un examen de la sociedad de clases: pone a prueba la fuerza de sus fundamentos materiales, la fuerza de los vínculos entre las clases, la firmeza y la flexibilidad de la organización del gobierno. En este sentido, se puede argumentar que la *victoria* fortalece la autoridad del poder. Por el contrario, la *derrota* compromete y debilita el poder.

Ningún socialdemócrata con sentido común ha dudado nunca de que Rusia, dominada por la contrarrevolución triunfante y el imperialismo, sacaría a la luz sus deficiencias sociales y gubernamentales durante la guerra. Nuestro partido estaba *contra* la guerra. No se nos ocurrió vincular nuestras esperanzas con los fracasos del zarismo, de los que nunca habíamos dudado. No es porque nos sintiéramos “moralmente obligados”, como los socialpatriotas, a interesar a la clase revolucionaria en la caída del poder. Tampoco estamos de acuerdo con las opiniones de los “humanitarios” que deploran los horrores inevitablemente vinculados a la guerra. La vida “normal” de la sociedad durante miles de años ha estado hecha de horrores similares. La guerra sólo los concentra: y si el camino más seguro de la revolución liberadora debe pasar por la guerra, la socialdemocracia revolucionaria no dudará en tomarlo, al igual que el cirujano que no rechaza el uso del bisturí, si lo considera indispensable, sin retroceder ante la sangre y el sufrimiento.

Aunque nos negamos a especular sobre la guerra, no fueron razones nacionales o humanitarias las que nos detuvieron, sino concepciones político-revolucionarias, tanto internacionales como nacionales.

Si la derrota sacude al gobierno derrotado, la victoria fortalece al victorioso. No conocemos ningún país de Europa en el que el proletariado esté interesado en una victoria o una derrota. No negamos a Rusia el papel de una nación cuyos intereses no están vinculados al desarrollo de otros países. Pero, ¿merece la pena centrarse en esta cuestión, que ya está suficientemente explicada en nuestra revista? Incluso sin entrar en el estrecho marco de las perspectivas de desarrollo nacional, la socialdemocracia rusa no puede vincular sus planes políticos con el resultado producido por una catástrofe militar. Las derrotas sólo pueden convertirse en un factor de desarrollo si existen, en el marco de las nuevas clases históricas, elementos capaces de promoverlo. En estas condiciones, las reformas elaboradas desde arriba impulsan el desarrollo de las clases progresistas.

Pero la guerra está demasiado llena de contradicciones, un factor de desarrollo histórico demasiado dudoso para que el partido revolucionario, confiado en su futuro y sintiendo bajo sus pies la sólida base de las clases, pueda ver la derrota como el camino hacia el éxito político. La derrota desorganiza a la reacción, pero también a las masas trabajadoras. La guerra no es un apoyo tal que la revolución pueda esperar mantener el control de ella. No se puede disponer de ella a voluntad y hacerla desaparecer tan pronto como “haya dado el impulso indispensable”.

La revolución resultante de la derrota hereda sólo una vida económica destruida, unas finanzas exangües y unas relaciones internacionales desfavorables. Si la socialdemocracia rusa siempre ha sido profundamente hostil a la idea de especular sobre

la derrota, incluso en la era de la contrarrevolución triunfante, es porque la guerra puede conducir a una situación en la que se haga más difícil explotar los frutos obtenidos por la revolución.

Sin embargo, ahora no sólo debemos *evaluar* hasta qué punto la guerra y la derrota influyen en el curso del desarrollo político, sino también *actuar* sobre el terreno creado por la derrota. Pero se puede decir que querer llevar a cabo los planes de conquista del mundo no es algo que se deba tener en cuenta en este momento. El ejército zarista ha sido derrotado. Puede que todavía tenga algún éxito. Pero ha perdido la guerra. Las derrotas del momento anuncian una catástrofe militar. Es aquí donde debemos repetir: la socialdemocracia no crea por sí misma circunstancias históricas. Es sólo una de las fuerzas del proceso histórico. Sólo puede mantenerse en pie sobre el suelo creado por la historia. Los líderes de todos los partidos políticos rusos han pasado por la experiencia de desarrollo de la nación en los últimos diez o quince años. Uno no puede dejar de sorprenderse por la analogía con los acontecimientos de 1903. Ese año, una ola masiva de huelgas sacudió al país. La socialdemocracia lo veía como el prólogo de la revolución. Entonces estalló la guerra ruso-japonesa. Paralizó el movimiento revolucionario. Las derrotas dieron un fuerte impulso a la insatisfacción de los distintos grupos sociales. El resultado fue el febril comienzo de la revolución.

En 1912-1913, como en 1903, se pudo observar el movimiento de masas en forma de huelgas revolucionarias. El movimiento obrero se aferró a un plano mucho más elevado, basándose en experiencias anteriores. Entonces, como la última vez, la guerra bloqueó cualquier progreso revolucionario. El país casi se durmió. Después de las primeras victorias, el gobierno perdió la cabeza y tomó medidas que nunca antes se habían visto en la Rusia prerrevolucionaria. Pero la era de las victorias pronto llegó a su fin. La serie de derrotas desmoralizó totalmente a la camarilla gobernante, trajo malestar a la burguesía y creó las condiciones para el desarrollo de un movimiento más amplio. Se puede suponer que después de la movilización defensiva de la burguesía, vendrá la de la democracia y, en cabeza, la del proletariado con corolario de los levantamientos revolucionarios.

Es importante señalar que la esperanza de una derrota rusa se ha desarrollado donde había un fuerte deseo de victoria. Lloyd George ya puede ver cómo el gigante ruso, despertado por el desastre, rechaza lejos las cadenas de la reacción. Vandervelde, convencido al principio de la guerra de que la presencia de la izquierda en la duma significaba una serie de victorias, ahora razona con autoridad sobre el bien que trajeron las derrotas del ejército ruso. Hervé habla de los beneficios del sufrimiento como factores en la historia de Rusia. Y finalmente, un patriota social ordinario (algún tráfuga) se expresa con la fórmula: “Primero la victoria, luego las reformas.” En todo esto, no hay una sombra de “revolucionarismo”. Toda esta buena gente espera que la derrota despierte en las clases dominantes “el buen sentido común gubernamental”.

En su profundo desprecio hacia Rusia, se comportan como *vulgares* derrotistas, especulando sobre la fuerza automática del crac militar, sin la intervención directa de las clases revolucionarias. Nuestra opinión es, precisamente, que la influencia de la guerra y la derrota en el despertar y la actividad de las fuerzas revolucionarias es la cuestión crucial en cuanto a los destinos futuros de Rusia. Hay que decir que sería un cruel error transponer la experiencia del pasado a la época actual en lo concerniente a la influencia de la guerra en la mentalidad de las masas. El desastre que se desarrolla ante nuestros ojos no es en absoluto comparable, por sus dimensiones, a la aventura colonial ruso-japonesa. Causará una impresión incomparablemente más fuerte en la gente. A la socialdemocracia, se le abren perspectivas ilimitadas de agitación política, cada palabra pronunciada puede tener una resonancia particularmente fuerte. Pero es esencial darse cuenta de que la catástrofe

militar, al agotar las fuerzas y medios económicos y espirituales, puede provocar descontento, protesta y acción revolucionaria sólo dentro de un *cierto límite*. En un nivel característico, el agotamiento es tal que conduce a la apatía. Después vienen la desesperación, la pasividad y la caída moral. El vínculo entre los derrotistas y los revolucionarios es dialéctico y no mecánico.

Las esperanzas de Lloyd George y otros están impregnadas de cobardía, pero sería un error infantil creer, después de la experiencia ruso-japonesa, que las derrotas conducirían automáticamente a la conciencia revolucionaria de las masas. Las dimensiones colosales de la guerra, debido a su *peso extraordinariamente aplastante*, pueden cortar las alas de cualquier desarrollo y, en primer lugar, del movimiento proletario.

De ello se deduce que es absolutamente esencial poner fin a la guerra lo antes posible. La revolución no está interesada en una acumulación de derrotas. Por el contrario, la lucha por la paz es la mejor autoconservación para el movimiento revolucionario. Cuanto antes se produzca la movilización de las masas trabajadoras, antes se educará políticamente a la clase obrera y ésta se transformará en una fuerza activa revolucionaria.

3. Las fuerzas sociales de la Revolución Rusa

Si la victoria del imperialismo ruso, la ampliación básica del bloque del 3 de junio y su dominio sobre Armenia, Galicia y Constantinopla significan la prusificación de las relaciones sociales rusas, es decir, la dictadura militar de la nobleza monárquica, entonces la bancarrota militar de las aspiraciones imperialistas expone las deficiencias del gobierno, agrava los antagonismos entre las clases dominantes, debilita el poder y crea las condiciones *objetivas* para el desarrollo revolucionario.

En el artículo anterior examinamos en qué sentido y bajo qué condiciones la derrota, por su efecto sobre las masas, podría llevar a las condiciones *subjetivas* de la revolución. Ahora debemos darnos cuenta de la dirección que puede tomar el movimiento revolucionario si no sigue el desafortunado ejemplo de 1905.

La contradicción histórica fundamental de la fallida Revolución de 1905 es que el problema de base era la limpieza de los caminos para el desarrollo burgués del país, mientras que la principal fuerza revolucionaria estaba constituida por el proletariado. La revolución burguesa clásica de 1789 se basó en el Tercer Estado, formado por la pequeña burguesía urbana. En Rusia, este Tercer Estado estaba dividido por profundas rivalidades objetivas y subjetivas desde el momento de su emancipación histórica. El proletariado se oponía a la gran burguesía, mientras que el peso social y el significado histórico de la pequeña burguesía eran de poca importancia.

¿Qué cambios se han producido en este ámbito en los últimos años? El período de reacción y de crisis económica fue el de la europeización de la industria. Esto condujo a la búsqueda de técnicas más avanzadas y métodos más intensivos de explotación de los trabajadores. Los tres años anteriores a la guerra fueron testigos de un rápido crecimiento económico que enriquece a la gran burguesía capitalista. Hemos profundizado las contradicciones sociales que impedían a los proletarios y a la burguesía luchar codo con codo contra el régimen. El proletariado creció en número y progresó mucho en la organización y conciencia de clase. Así pues, la contradicción fundamental de la revolución pasada adquiere una forma más profunda y significativa. El único movimiento capaz sólo puede ser el del proletariado. Desde su primera entrada en acción, tendrá en su contra a todas las fuerzas burguesas, así como a los elementos de la intelectualidad liberal.

El ejemplo de 1905 nos enseña que debemos olvidarnos de cualquier posible participación por parte de los campesinos. Estos últimos, que habían permanecido en la

servidumbre durante tanto tiempo, han conservado, de su tímida oposición de entonces, la impronta de su falta de madurez política y la impotencia que los paralizó y los hizo detenerse donde comenzó la verdadera acción revolucionaria. El progreso del campesinado lo empuja hacia el desarrollo burgués, que, ligado a las contradicciones de clase, está emergiendo en el campo mismo. Por lo tanto, el proletariado sólo puede confiar en los semiproletarios agrícolas, no en los campesinos. Con ello, el movimiento revolucionario adquiere un carácter menos “nacional” pero más “de clase” que en 1905. Por lo tanto, la actividad política en Rusia se caracteriza por una diferenciación de clases mucho más marcada y una mayor madurez de las relaciones sociales en los últimos años antes del conflicto. El movimiento obrero está organizado de una manera más metódica que hace diez años. Mientras que las huelgas en las ciudades tuvieron un eco de agitación y tumultos en el campo, particularmente en 1902, el año de los levantamientos campesinos, ya no tuvieron ninguna resonancia en 1912-1913.

La intelligentsia numerosa, ejerciendo un papel desproporcionado en el viejo movimiento revolucionario, ha sido aprehendida por el proceso en curso en las naciones capitalistas y ha aprendido a tratar de enriquecerse, sirviendo así a los propósitos del imperialismo, que oculta mediante una ideología radical-democrática o “socialista”. Durante la guerra ruso-japonesa, los primeros intentos de crear una amplia oposición se hicieron bajo el lema “representación popular”. A continuación, se celebraron reuniones en las que la inteligencia hizo campaña bajo la bandera de la paz y el sufragio universal. Actualmente, la “oposición” de las clases dominantes se moviliza bajo la consigna de la “victoria”: asume su parte de responsabilidad por la prolongación de la guerra. Su ala izquierda (kadetes) se niega manifiestamente a plantear los problemas elementales de carácter interno.

En 1904-1905, las clases burguesas no pudieron librar una lucha revolucionaria. Pero, con su “irresponsabilidad”, desarmaron al poder y, durante el primer período de la revolución, observaron una neutralidad benevolente hacia las masas revolucionarias. Ahora, impulsados por sus vilezas social-patrióticas, ven la revolución como un servicio al Káiser y una traición. Para aislar a la oposición revolucionaria, los partidos burgueses se niegan a movilizar a sus miembros incluso para obtener la responsabilidad del ministerio, sin mencionar, por supuesto, el derecho al voto. Gravitando alrededor del poder, forman un amortiguador entre éste y las masas populares.

La prensa liberal-democrática, por muy lamentable que fuera en 1905, alimentó la conciencia revolucionaria con su oposición. Ahora está tratando de desviar el descontento de la gente. Todas estas traiciones se pueden resumir de la siguiente manera: aislar al proletariado. Entre la monarquía y el militarismo, por un lado, y el pueblo, por otro, hay un complicado mecanismo de partidos burgueses, la prensa, las organizaciones al servicio de las intenciones imperialistas del poder: la movilización revolucionaria del proletariado ya no se enfrenta sólo con la policía, como en los días de Plehve y Sviatopolk-Mirsky, sino con toda la policía del patriotismo, cuyas funciones son desempeñadas por los partidos burgueses flanqueados por las milicias del socialpatriotismo.

Esto define decisivamente la dirección general que ha tomado la política de la socialdemocracia revolucionaria en Rusia.

4. ¿Actualidad nacional o internacional?

La revolución de 1905 puede considerarse como históricamente “atrasada” si se considera como la lucha de la burguesía contra la fortaleza del poder, es decir, una revolución nacional. Por otro lado, se puede clasificar como un acontecimiento histórico si se considera que la principal fuerza revolucionaria fue el proletariado que se benefició

de la neutralidad benévola de la burguesía en el primer período de la revolución, pero neutralidad que se volvió en su contra en la segunda parte de la revuelta. Desde este doble punto de vista, la Revolución de 1905 puede definirse de la siguiente manera: insuficientes fuerzas de la burguesía democrática e insuficiente “preparación” para la Revolución por parte de los campesinos. Por otra parte, al explicar la derrota del proletariado, hay que tener en cuenta su debilidad frente al enemigo y la total falta de ayuda de los movimientos proletarios europeos, mientras que el zarismo gozaba del apoyo de los gobiernos y las bolsas de Europa. Estas dos explicaciones no deben combinarse mecánicamente. Uno de los factores que ha contribuido al aumento del número de proletarios y ha elevado su conciencia de clase es el desarrollo del capitalismo, que ha llevado a la desaparición de la burguesía urbana como fuerza política, y a la participación social del campesinado. Pero este factor, y no otro, hizo su trabajo durante el período posrevolucionario. Nuestro propio desarrollo ha tenido lugar en el camino del debilitamiento revolucionario de la pequeña burguesía y los campesinos y, por el contrario, del aumento significativo del número de trabajadores. Si la Revolución de 1905 no pudo “realizarse”, la historia no puede “ofrecer” una segunda revolución nacional que agrupe a la “nación” contra el régimen.

En su lucha, la socialdemocracia utiliza cualquier movimiento de oposición de otras fuerzas sociales. Pero, ¿podemos creer que la burguesía rusa puede ser considerada como una fuerza revolucionaria, esa burguesía que ha sido desenmascarada definitivamente? ¿Podemos hacer que el desarrollo revolucionario, prácticamente el del proletariado, dependa del de la intelligentsia de la pequeña burguesía y la pequeña burguesía? ¿O sometemos al movimiento proletario a los problemas de todo el proletariado europeo y hacemos que la revolución rusa dependa de la lucha proletaria en el mundo capitalista?

En una palabra: ¿estamos dirigiendo el curso fundamental de nuestra política hacia la revolución nacional burguesa o hacia una revolución internacional del proletariado?

Aquí es donde entra el divorcio entre los internacionalistas y estos socialpatriotas rusos, que no sólo se dejan llevar por el agua mientras cierran los ojos, sino que “aceptan” la guerra y participan en la “organización de la victoria” con la idea ficticia y, en el fondo reaccionaria, de la creación de una base nacional para la revolución.

Estos dos diseños fueron expuestos en la tribuna de la Duma del Imperio. Sería injusto afirmar que la línea seguida de Plejánov (*Nache Dielo*) sólo fue expresada por Mankov expulsado de la fracción de kadetes. El representante más prominente fue el tapado Kerensky. Quiso el destino que, en el mismo momento en que Kant se convirtió en el compañero de viaje de Plejánov en asuntos internacionales, el pequeño burgués radical Kerensky se convirtiera en la inspiración de la política interna. Pero el radicalismo nacional revolucionario de Kerensky llegó demasiado tarde, al igual que nuestra revolución nacional: Miliukov, en tanto que instrumento inconsciente de la ironía de la historia, atribuye a Kerensky “las ilusiones de la Internacional Socialista”, pero ella atribuye al mismo personaje “las ilusiones del socialpatriotismo”. En estas dos definiciones, a pesar de su contradicción, hay una verdad fundamental que para nosotros es el pleno conocimiento de las ilusiones políticas de aquellos personajes que han destrozado las obligaciones internacionales del marxismo y ya no encuentran terreno nacional, de acuerdo con los elementos “básicos” del “socialismo militante”. De todo lo que se acaba de decir se deriva la importancia del problema planteado al proletariado ruso en las condiciones actuales. Si el lema “¡Abajo la guerra!”, convirtiéndose en “¡Abajo el poder!” igual que en 1905, acercó a los trabajadores de las otras clases, ahora se encuentra como diana de la hostilidad de la sociedad burguesa. La movilización del proletariado asume ahora un carácter de clase revolucionario. ¿Logrará la vanguardia proletaria

agrupar entorno suyo a los miserables del campo y de las ciudades? A este respecto, sólo pueden hacerse suposiciones. Sin embargo, es indiscutible que la socialdemocracia se le aparece a las masas como el único movimiento dirigente cuyo deber histórico es enarbolar la bandera de la paz y la revolución.

Estamos profundamente convencidos de que sólo la lucha revolucionaria del proletariado europeo contra la reacción capitalista, sólo la revolución internacional puede crear las fuerzas que permitan llevar a cabo la lucha proletaria en Rusia hasta el final. La lucha del proletariado ruso resulta ser un factor importante en el progreso del movimiento revolucionario europeo.

Reconociendo que es ilusorio confiar en una revolución nacional, creemos en la ampliación de las bases de la revolución, sus objetivos socialistas y la profundización de sus métodos de clase.

Serie Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es